

¿HA FRACASADO LA NUEVA EVANGELIZACIÓN?

Manuel M^a Bru

Presentación

16 de abril de 2024

Santiago García Mourelo
Universidad Pontificia Comillas

Es un libro lleno de preguntas y mal haríamos en quedarnos en ellas y obviar algo más profundo que, no solo habita en Manuel M^a, sino en cada uno de nosotros.

Cualquier pregunta, cualquier respuesta, opción y criterio en la vida, es expresión de la gran pregunta que somos, como descubrió san Agustín en la relectura de su propia vida: «*Factus eram ipse mihi magna quaestio*», me había convertido en una gran pregunta para mí mismo.

Esta gran pregunta que somos para nosotros mismos hace latir el «imperativo de interrogación» que, según el crítico literario George Steiner, nos hace vecinos de lo trascendente, impulsándonos, no solo a buscar nuevas respuestas, sino a interrogar a las ya dadas; según la condición de todo teólogo, como bien decía Adolphe Gesché.

Esta, a mi entender, ha sido la pretensión de Manuel M^a a la hora de acercarse a este concepto tan viejo y tan nuevo como es la “Nueva Evangelización”. Preguntarle, preguntar a las respuestas que se dieron y a las interpretaciones que se multiplicaron. ¿Qué pasó con ese gran proyecto que, para muchos, fue una espuela que punzaba la conciencia de las cosas ya perdidas o la perpetuidad de las ya adquiridas y, para otros tantos un *slogan* pasajero que los acompañaba un trecho de su camino?

Quizá, al ver el título, hay quienes se habrán preguntado ¿por qué esta misma pregunta si el concepto ya ha pasado? Y es que no hay nada más estéril que dar respuestas a preguntas no formuladas —bien lo sabemos quienes estamos embarcados en la catequesis, la formación o la educación—, pero, aunque quizá la pregunta explícita nadie se la hace ya, las que están relacionadas con ella y que jalonan todo el capitulario, así como las que emergen con relación a ella, sí.

¿Cómo hemos de situarnos en el actual contexto social y eclesial? ¿Cuáles son las tendencias y sensibilidades eclesiales que hoy ejercen su influjo? ¿Qué estilos, opciones y criterios han de ser asimilados para evangelizar en la doble fidelidad de todo discípulo, a Dios y al ser humano? Son preguntas que hoy nos

hacemos muchos. De ahí la pertinencia de las páginas de Manuel M^a, que revelan más al que mira, el que interroga, que lo contemplado en forma de pregunta.

A partir de aquí, quisiera señalar algunas bondades de fondo que entretejen la *Obra* y que emergen en diversos momentos; y que, como el hilo de Ariadna, pueden ayudarnos a navegar en la extensa y prolija elaboración de Manuel, para situarnos en el complejo mapa del contexto socio-cultural y eclesial que vivimos.

A nivel teológico, al formularse esta pregunta, se pone sobre el tapete, no solo la gran cuestión del Concilio Vaticano II, al preguntarse por la naturaleza de la Iglesia y de su misión, sino sobre su recepción.

Podríamos decir que la *Obra* de Manuel es una relectura de la recepción conciliar a través del término «Nueva Evangelización» y de lo relacionado con él —los miembros del Pueblo de Dios, su relación, la inculturación, los medios de la evangelización, etc.

Bien sabemos que la recepción conciliar no fue sencilla, ni tampoco lo es ahora, pues hay quien sostiene que estamos en una nueva fase de su asimilación. Recordemos los esfuerzos de Benedicto XVI al proponer la famosa «hermenéutica de la reforma» conciliar.

Manuel M^a nos ofrece, como sostiene el teólogo Christoph Theobald, una «reforma de la hermenéutica»; es decir una nueva manera de acercarse e interpretar toda la etapa posconciliar hasta nuestros días —el autor lo hace con el repetido binomio «continuidad-novedad»—, atendiendo a las opciones de fondo y mostrando una línea invisible en medio de las ambigüedades de la Iglesia visible. Su maestría, a parte de su capacidad sintética y comunicativa, se ejerce al situarse más allá de polémicas y tendencias que, aunque hacen comprender los contextos, distraen del objetivo fundamental de la Iglesia: su misión evangelizadora; y, en no pocas ocasiones, han enturbiado la catolicidad —universalidad; es decir, unidad y diversidad—, constituyente de la Iglesia.

Tanto el postconcilio como la *Obra* de Manuel, pivotan, desarrollan y articulan la eclesiología del Pueblo de Dios a través de dos categorías omnipresentes: comunión y misión; las cuales revelan su especial sensibilidad y ocupación, a lo largo de los diversos servicios que ha ejercido en su ministerio en la Archidiócesis de Madrid.

- **Comunión:** al realizar un esfuerzo denodado por la unidad en la Iglesia y de la Iglesia, a imagen del Dios Trino y la praxis de Jesús.
 - Más allá de los carismas y el peligro del particularismo, pero nunca sin ellos.
 - Invitando al despertar ministerial a través de una nueva toma de conciencia del bautismo recibido.
 - Recuperando la sensibilidad ecuménica e interreligiosa, tan olvidadas en la actualidad
 - Abriendo el concepto de Pueblo de Dios, más allá de los de dentro los de fuera (LG 16), pues con todos somos interlocutores y todos somos destinatarios de la Buena Nueva del Evangelio.
- **Misión:** también a imagen de nuestro Dios, que sale de sí dándose a sí mismo, y de la praxis del Señor resucitado bajo el mandato «Id y anunciad».
 - Más allá de acentos y conceptos oraculares —Nueva evangelización, Atrio de los gentiles, Iglesia en salida, bien desarrollados en el capítulo III— que se convierten en *slogans* de unas u otras tendencias.
 - Tratando de recoger lo mejor de cada desarrollo doctrinal, atendiendo al contexto donde nacieron y a su propia comprensión, más allá de juicios o prejuicios.
 - Destapando intereses espurios (económicos o ideológicos) que, bajo capa de bien, previenen la nobleza y la gratuidad del evangelio, desde fuera y desde dentro de la comunidad eclesial.
 - Recordando las oportunidades que todos los sujetos eclesiales tienen al alcance de la mano, así como de tantos ámbitos donde se puede seguir acogiendo y dando testimonio del Reino que es Dios.

Ambas categorías, comunión y misión, vertebraron el devenir del Pueblo de Dios en el posconcilio —no hay más que ver la temática de los sínodos convocados por Juan Pablo II—, desembocando, en la perspectiva y toma de conciencia actual de la sinodalidad que, en la *Obra* de Manuel María, toma un colorido especial, desde la propia sensibilidad y carisma, al hablar de los movimientos eclesiales, su participación y renovación.

A nivel pastoral-catequético, Manuel M^a encarna la afirmación del teólogo protestante Dietrich Bonhoeffer y que tanto bien nos puede hacer a todos: «Solo viviendo plenamente la vida de este mundo es como aprendemos a creer». Así, propone una mirada al contexto, realista, nada ingenua, pero llena de esperanza.

Con el subtítulo y todo el desarrollo del segundo capítulo, se toma conciencia, tanto del «cómo estamos», como del «de dónde venimos». Si bien es cierto que la perspectiva es la propia del autor —es decir, desde dentro de la Iglesia—, y cataloga a los cercanos, alejados y lejanos, no pasa de largo por algunos motivos que revelan que, en más de una ocasión, estos últimos fueron sujetos pasivos; es decir la Iglesia se alejó de ellos y ahora su lejanía resulta abismal. Y es que la cuestión no es tanto etiquetar o culpabilizar, sino ver la responsabilidad que tenemos todos y dar una respuesta.

Hoy, hay quien dice que pecamos de un exceso de diagnóstico; pero seguro que eso no se lo decimos a un médico que nos está tratando, máxime cuando los tratamientos evolucionan y nuestra situación también. Por eso no solo es bien recibida la perspectiva de Manuel M^a, sino necesaria, si queremos atinar en los procesos que iniciar, fortalecer o descartar en la actualidad¹.

Atendiendo a las propuestas del autor, específicamente pero no exclusivamente en el quinto capítulo, quisiera reformularlas desde tres polaridades que internamente se interfecundan, externamente se reclaman y emergen en numerosas ocasiones a lo largo del libro.

Primera polaridad: Discipulado-Comunidad. Es el gran reto: que exista el sujeto eclesial capaz de poner en práctica estas orientaciones; dicen que ese fue el “cierto fracaso” de EN, porque la comunidad eclesial no estaba preparada para dar ese salto de comprensión y de acción. De ahí que hoy Francisco anude el trinomio conversión-reforma-misión, porque cada uno de estos términos se implican y se necesitan, en favor de una sensibilidad pastoral desde la propia conciencia misionera inserta en una comunidad ministerial, tanto *ad extra* como *ad intra*.

Segunda polaridad: Itinerarios eclesiales-procesos personales. Desde la comprensión de la maternidad de la Iglesia, esta propone itinerarios para el nacimiento y la maduración de sus hijos, pero el gran reto en nuestro contexto es el de desacramentalizar los itinerarios de educación en la fe y desescolarizarlos, tanto en su calendario, como en sus dinámicas, instrumentos y materiales; con propuestas de inspiración catecumenal que, antes de encorsetar o simplemente impactar, generen procesos personales. Para lo que se requiere un nuevo perfil del catequista capaz de acompañarlos.

Tercera polaridad: La Palabra acogida y la palabra proclamada. Hay quien dijo “dime cuál es tu Dios y te diré cómo vives” y lo podría reformular “dime lo que escuchas y te diré lo que proclamas”. Sigue siendo una cuestión pendiente del

¹ Cf. Involucionismos y resistencias, cf. p. 379.

Concilio CVII la centralidad de la Palabra en la vida del cristiano; máxime hoy con el *revival* de ciertas prácticas devocionales, pues la Palabra evita que el sacramento se instrumentalice y deje de ser ambiguo, para que no caiga en el fetichismo, el subjetivismo, el intimismo o la reducción de la comprensión sacramental. Es imprescindible el retorno a la Palabra viva y eficaz que proclamaban los primeros cristianos, pues ella era capaz de transformar una vida en eco, en voz de la Palabra, como san Agustín decía de Juan el Bautista. Una voz que especialmente es fecunda cuando es narrada en la proximidad de las relaciones.

Al finalizar el libro, uno se sigue haciendo la misma pregunta, ¿ha fracasado la Nueva Evangelización? Creo que no; no tanto el proyecto en sí, que, como desarrolla Manuel M^a, se ha ido modulando de diversas maneras y bajo una pluralidad de formas, sino porque la evangelización nunca puede ser vieja; no por nuestras iniciativas, métodos, *slogans* o mentalizaciones, sino porque quien la hace nueva es el mismo Cristo que hace nuevas todas las cosas, como Manuel M^a recuerda en la p. 648, citando el *libro del Apocalipsis* (21, 5); con todo, para ello, es necesario que volvamos al «primer amor», que también nos recuerda el mismo escrito de Juan unos capítulos antes (Ap 2, 4); ese amor incondicional que es derramado gratuitamente y que, para ser gustado, pide ser compartido y contagiado con los cercanos, alejados y lejanos de nuestra fe.

Ojalá que quienes os asoméis a las páginas de Manuel M^a, sintáis esa necesidad, esa urgencia y esa confianza que el Señor ha puesto en cada uno de nosotros.